

El pájaro huésped

A Belén

¿Cuánto tiempo se puede vivir con un pájaro en la cabeza? Desde que sucedió, no pienso en otra cosa. ¿Han transcurrido, desde entonces, horas o días? No lo sé, no puedo saberlo, y me doy cuenta de que carezco de perspicacia. Un naufrago hubiera hecho una hendidura en una roca. Antes de afrontar el sueño, esa señal le revelaría una forma tolerable de la esperanza. Su número, al cabo, sería tal vez incalculable, pero en el hábito habría un presagio de salvación, pues quien establece una costumbre se preserva de la angustia. ¿Es posible que yo esté vencido, resignado? ¿Pero quién es este *yo*? ¿De qué se defiende? ¿De albergar un pájaro? ¿De servir de cobijo a una criatura inocente? Vino, como todo lo que ignoro, de la lejanía. Allí, en las montañas, hay un aire dorado que se enciende en los crepúsculos. A veces, en esa hora en que las cosas adquieren una vaga predisposición de irrealidad o de sueño, me llega a los oídos un leve crepitar de fuego encendido. Sé que es el aire dorado, que llega hasta aquí, hasta mi ventana. Se suspende un momento, sobrecogido entre el día que cae y la noche que avanza. Yo lo siento moverse, como quien está en fuga y entrevé, de pronto, un paisaje de su infancia. De ese aire surgió el pájaro que tengo posado en la cabeza. Mi ventana estaba abierta, siempre está abierta a esa hora, y el pájaro cruzó la habitación sin que yo lo notara. Debo advertir que no tengo una especial predisposición hacia los animales. De la misma manera, ya que hay, entre ellos y yo, un recíproco desinterés, no creo que ningún animal me aceptara como dueño. Nos toleramos, pero no podríamos vivir juntos. Me gustan, sin embargo, los gatos callejeros, sólo porque son testigos de la soledad: sus ojos están poblados de llantos, de pasiones crispadas, de dolor humano. No es improbable que, ante la mirada última de un gato, el suicida reconsidere su decisión. Alguien habrá que debe su vida a un gato y no lo sabremos nunca. Pero dudo que mis manías y las manías de los gatos sean compatibles. En fin, no se trata de gatos, sino de un pájaro. La habitación, con su presencia, sufrió un cambio de claridad, una suerte de imantación. Todo parecía confluír hacia el visitante; todo, menos mis ojos, repentinamente extraviados. Duró un instante; cuando quise levantarme, el pájaro se posó en mi cabeza. Me estremecí al notar sus menudas garras aferradas a mis cabellos. Quedé, más que inmovilizado, estático, poseído por un principio de terror. No pude, o no quise, intentar apartarlo con la mano. Cosa extraña, mi voluntad, me di cuenta, no oponía resistencia. Debo decir, antes que nada, que el calor de su cuerpo era benigno. Nunca un animal se me había aproximado tanto y percibí, de un golpe, pasado el vendaval de pánico, el plumón suave, la respiración tenue, el roce casi onírico de las alas. En el intervalo de un latido a otro de mi corazón, me había transformado; pasé de la aprensión, del miedo, tal vez del asco, a arrogarme (a hacer aflorar de mí) una naturaleza hospitalaria. Ahora el pájaro se ha asentado, vive en mi cabeza, igual que en el

cruce de dos ramas, con la diferencia de que aquí no tiene cielo para volar. No sé de qué se alimenta, pero estoy obligado a deducir que yo le sirvo de sustento. ¿Qué extrae de mí? ¿Qué sustancia de mi organismo mantiene viva su presencia? No se ha movido desde entonces, permanece adherido, impasible, como si mi cabeza fuese el final de un viaje. ¿Por qué no vuela? ¿Qué le retiene? A cada hombre se le concede una serie limitada de experiencias, de emociones, de fantasías, de sabores, de amarguras, de sueños, de olvidos, de recuerdos de olvidos; consumada esa suma irrisoria, que nadie calcula ni conoce, entra, sin saberlo, en el umbral de la muerte; todavía vive, pero en el lugar de la amenaza; cualquier cosa puede matarlo: la caída de una teja, una bronconeumonía, la pesadilla de un sueño, el fragor de la tormenta, la dulzura imprevista de unos ojos. ¿A los pájaros no se les concede, igualmente, una serie limitada de vuelos? ¿Este pájaro ha agotado ya su serie? ¿Qué relámpago, qué fulgor del cielo, le ha inmovilizado en mi cabeza? No me atrevo a moverme y los escasos movimientos que ejecuto son siempre lentos y precisos. Bastaría, si quisiera, incorporarme un poco, separar apenas el torso del espaldar, extender el brazo, tomar un vaso con agua y saciar, al fin, la sed acumulada en mi garganta. Mis ojos miran la transparencia del agua, pero el brazo se mantiene exánime. En realidad, todo mi cuerpo está postrado. Respiro con suficiencia y siento, dentro de mí, una expansión sin límites. Por fuera soy un cuerpo cercado, un cuerpo entregado a la inmovilidad. Si alguien pudiera verme, creería que duermo o que medito. No pensaría que tengo sed y que la sed me está agotando. ¿Seré, para el pájaro, un oasis? He sido siempre sedentario, quiero decir que he convertido la pasividad en una previsión de la defensa. Tal vez por ello, para refrenar toda agresión, puedo permanecer inmóvil horas enteras, sumido en un profundo abotargamiento. No ignoro que es una extravagancia enfermiza que terminará por apagar me el corazón. De momento, me atrofia las articulaciones y me estraga el paladar. Tengo, ahora, sabor de ceniza en la boca, un sabor áspero, como de viento del desierto. Muevo la lengua y percibo, en los dientes, la erosión de las palabras nunca pronunciadas. El tiempo es un planeta de arena y el alba me encuentra con arena de tiempo entre los labios. Arena, ceniza, un pájaro: si éstos son los atributos de cualquier mortal, mi destino es el olvido. Nadie conocerá nunca mi esfuerzo por sobrevivir. He aceptado el pájaro, pero la ceniza y la arena son inhabitables. ¿Por qué no acepto la demolición? Antes preferiría gritar, pedir el auxilio que no deseo, levantarme al fin de este sillón, demostrarme que el pájaro es una fantasía delirante. No lo haré, jamás acometeré una hazaña de la que yo sería la víctima requerida, el chivo expiatorio. El pájaro ha venido a mí, sin que yo le llamara, y tengo todo el derecho a dejar que mi vida cobre sentido con su presencia. No lo he visto, no sé cómo es, no sé de qué color son sus plumas, qué forma tiene su pico; ignoro a qué especie pertenece, su tamaño y también, debo decirlo, si ya ha volado y sólo siento la huella de su fuga. Pero es ésta una incertidumbre pasajera; arraiga más en mi apatía que en la evidencia del peso de mi pájaro. He dicho *mi* pájaro. Cada hombre, por tanto, debe tener el suyo. Yo desconozco el mío, pero lo vivo irremediablemente. Desde que el pájaro llegó, soy una congregación de afluentes, la desembocadura de los ríos innumerables que trazan el territorio de mi memoria, soy las aguas que reflejan todos los cuerpos que ha sido mi cuerpo. Si paralizara, de pronto, las imágenes que concita mi imaginación, una suspensión momentánea del mundo, la aquiescencia del aire en una mudez repentina, una sola imagen que las concen-

tre todas y sea el símbolo único de mi vida, acaso podría acceder a la verdad. A fin de cuentas, en la hora última, habrá que elegir y la decisión será irrevocable. Me estoy preguntando si el pájaro es esa imagen única que se revela poco antes de descender al abismo. El pájaro alienta en mi cabeza como alienta en mi sangre cada río que me alcanza. Puedo imaginar que será lo último que verán mis ojos. En cierto sentido, es un privilegio, un privilegio inmerecido. ¿Buscó el pájaro mi cabeza? ¿Me buscó a mí? ¿Soy el sueño de un pájaro? ¿De qué remotas regiones ha venido? Estas preguntas desgarran el silencio y sepultan la inminencia de una revelación; laten, como un miedo oculto, en el agua estancada de mi alma. Nadie puede responderme, nadie responde; mientras, a mi pesar, la habitación se agita y se desgasta. No hay en ella nada que pueda seducir a un visitante. Los largos años, las fatigas de la sobrevivencia, no me han hecho previsor ni cínico. Todo lo que he podido acumular, digno de algún asombro, es una docena de ábacos y un par de estatuillas de bronce. Las estatuillas representan, según creo, algún animal mitológico, tal vez un grifo o un basilisco, pero no son la culminación del esfuerzo artesanal, sino una fantasía inadecuada enfrentada a la materia, volúmenes deformes, de una ambigua vulgaridad, necesitados de alguna mirada piadosa. Los ábacos son mi riqueza heredada, el legado que delata mi procedencia esclava y el único vínculo con un pasado que jamás conocí. He nacido en estas tierras de inviernos redimidos por el sol. En la tierra de mis ancestros, la nieve se impone como una desdicha para los ojos; quienes se atreven a pisarla, se protegen la piel con fricciones de alcohol y provocan el aullido del viento. En mi memoria, es un lugar casi intolerable, la figuración de una fábula que aún no he sabido descifrar. Por lo demás, mi pertenencia, si puedo llamar así a esta masa de tejidos que respira conmigo, es este cuerpo inmóvil visitado por un pájaro. ¿Es soportable un cuerpo? Este pájaro no canta, su silencio es una ingravidez, una réplica del universo, y yo soy un hombre cuya mirada se desvanece en el aire, cuyo rostro vanamente reflejaron los espejos, cuya espalda es un promontorio derribado. Un hombre que soporta las leyes impuestas, el rigor de no poder escapar, la certidumbre de reconocer sus manos. Un hombre que sufre alteraciones: la inconveniencia de la sed, la urgencia de gritar, la decisión de levantarme. Al cabo todo cede sin tránsito y acrecienta la sombra de mi cansancio. El primer frío, el inicial desamparo, transpira todavía en los repliegues de la piel; si contemplo mis manos, borrosas y abandonadas, percibo aún entre los dedos aquella desolación. Inútil que yo sea el vigilante de mi cuerpo: el pájaro ya vigila mi vida. No temo su violencia, no ha mostrado recelo, impaciencia o desorden, y sé que el pájaro no es un asesino. Su estrategia, como la mía, estriba en permanecer inmóvil. Somos, yo y el pájaro, la belleza de un cuerpo a cuerpo no desesperado, no agónico. Las nubes, en la lejanía, provocan chirridos, galopes, embestidas, y el viento arranca hojas, precipita lluvias, gime oculto bajo los párpados de los durmientes. Todo persigue su propio afán y todo al fin se postra, como un exiliado al pie del muro de los arrabales. Lo que sucede, aquello que palpita, es obra de un movimiento supersticioso, de un sigilo que me niega. El viento es un cazador que persigue una presa y acaso, con voz oscura, clama por mi pájaro. ¿Debo ser indulgente con el viento? No he sido instruido para complacer; cualquier gesto, de debilidad o de inconsciencia, me precipitaría en la delación. Ya he dicho que mi vida sedentaria me preserva de caer en lo real, que es como decir en el ridículo. Yo soy siempre menos que lo que mis palabras enuncian, menos que el sonido que

el viento apaga, menos que el simulado relieve de mis palabras. Si algo vale mi vida, es ser el aposento de unas alas inciertas. Poco a poco, ceremoniosamente, me entrego al destino de tener un pájaro incrustado. Siento, en las mejillas, que mis cabellos se derraman como algas. A su contacto debería llorar; el llanto, es sabido, atraviesa los días y redescubre la infancia. Pobladas de ojos endurecidos por el hielo, mi infancia fue una fuga, un íntimo deseo de ocultarme. Con los años he prolongado ese deseo, me he convertido en un desconocido. Nadie, si reclamo compañía, me reconoce, a nadie le importa si yo grito. En esa ignorancia tal vez un pájaro pueda ser feliz. Se abre, en mi conciencia, la oscuridad. ¿Seré el nicho de un pájaro, seré un montículo de arena? No soy un bosque; a lo sumo, si me disfrazo, puedo parecer la dársena de un río, pero flota en mis cabellos la desdicha. Empiezo a comprender: si sustento a un pájaro, también soy, o seré, la causa de su muerte. ¿Cómo cobijar a una víctima? Yo estaba sentado y en la ventana se encendía el aire dorado del crepúsculo. Penetró como un fuego naciente. Una alucinada hospitalidad. El día no infringía daño a mi corazón, había sido una promesa de augurios. Vivía desmayado, ciego en el umbral de mi indolencia, allí donde caben todos los crepúsculos, y me dejé invadir. Sigo vivo, pero ya es escasa la piedad que puedo contagiar. Definitivamente, no saldré nunca de esta habitación. Aquí me ha encontrado el único delirio vivo; el resto son las calles que bullen, el pisoteo de cuerpos que se apresuran, la muerte bajo la luz de los faroles. Miro un mapa imaginario en estas paredes desnudas. Busco ahí una comarca inhabitada, busco un cielo inviolado. Debo, al fin, indicar al pájaro el itinerario de su fuga. El tiempo no ha sido aún precipitado, todavía soy tiempo, las señales que no hice han hecho florecer rugosidades en mis labios. Me queda un último esfuerzo, el esfuerzo de señalar con el dedo un lugar para no morir. Y cuando escape el pájaro y sea una nube, sea la espuma o la nieve, cuando escape con mis cabellos, con la luz difusa de mi infancia, quedaré languideciente y exhausto, como el fulgor apagado de un anillo en la penumbra. Desterrado a la mudez, sin ensoñación, sin alas, ¿para qué necesitaré un cuerpo? ¿de qué me servirá la noche?

Francisco Solano